

843  
Q

PA 2378  
03  
158

Quedan asegurados los derechos de propiedad  
conforme á la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## LA INÚTIL RIQUEZA

---

### I

En el pequeño tocador tapizado de sederías chinescas, contiguo á su alcoba, la señora Mossler, sentada en una silla baja, escuchaba atentamente el informe que le estaba leyendo el señor Eliphas Clement acerca de las liberalidades realizadas durante la semana que acababa de transcurrir. Vestida con un sencillo traje de seda oscura, la reina del oro, como era llamada en el mundo parisiense, era una mujer de sesenta años, de tez pálida, ojos garzos y sin otro adorno en la cabeza que su cabello blanco, ligeramente empolvado para disimular algunos mechones negros todavía. Sus manos, pequeñas y bellas, jugaban con un cortapapel, mientras que su cabeza hacia signos de aprobación al oír las cifras importantes que pronunciaba su « Ministro de la Caridad, »

como se complacía en llamar al señor Eliphas. Éste, de pies delante de ella, delgado, un poco encorvado, con aspecto dulce y enfermizo, continuaba su exposición con voz sorda y velada; enumeraba las sumas dadas á las sociedades caritativas, á las instituciones filantrópicas, á los solicitantes de todas clases, y añadía los informes procurados y obtenidos, como si tuviera una policía especial, encargada de comprobar la miseria pública. De cuando en cuando una nota puesta en el margen de su documento expresaba la inutilidad de los pasos dados, la inexactitud de los datos aportados por los peticionarios, y hacía constar, con gran frecuencia, un infortunio ilusorio que había tratado de deslizarse entre los clientes sinceros y merecedores de las generosidades de aquella mujer.

— He mandado tomar noticias en Montrouge acerca de las verdaderas necesidades del asilo de niños moralmente abandonados. La institución es interesante y su situación precaria. He enviado cinco mil francos.

— Para un semestre, dijo la señora Mossler. Dentro de seis meses repita usted la suma.

Eliphas tomó nota y continuó :

— La mujer de la avenida de Antin que pedía mil quinientos francos para pagar una deuda de la que dependía su honor, ha dado una dirección

falsa. No vive ya en la casa y la portera está encargada de enviarle las cartas. Vive en Bati-gnolles con un peluquero, que es probablemente el que ha redactado y traído la petición : no hay nada que hacer. La orden de los Hermanos Blancos ha recibido su dotación mensual de mil francos...

— ¿ Será bastante? Ya sabe usted, Eliphas, que todo cuanto se refiere al África me interesa particularmente... Me gusta devolverle algo de lo que nos ha dado.

— Es muy bastante, señora. Si hay necesidad de aumentar, se lo diré á usted en tiempo oportuno...

— Bueno. Continúe usted.

— Aquel Mario Bouscarés, que solicitaba una comandita de cien mil francos para impulsar un negocio de alumbrado eléctrico, ha hecho ya quiebra en Nimes y está acribillado de deudas en París. Es un caballero de industria, pero tiene una excusa ; está cargado de familia.

— ¿ Niños pequeños?

— Sí, señora; cinco, y la madre es una buena mujer, nada dichosa...

— Doscientos francos al mes para la madre... En cuanto al Bouscarés, habrá que llamarle al orden... Hágale usted venir...

— Le tenemos aquí todas las mañanas á las diez y pide sin descanso ver á usted.

— Le hablaré cuando hayamos acabado.

— Va á cansar á usted.

— Nunca más que lo que yo quiera.

Eliphas no insistió, pues conocía la tranquila y dulce firmeza de la señora Mossler, y siguió leyendo :

— El periódico *El Grito de la Verdad*, que solicitaba una cantidad mensual para la publicidad de los asuntos del Transvaal, es una publicación intermitente que no vive más que de *chantage*. No se puede hacer nada, á menos que la señora quiera dar parte á la justicia.

— No; olvidemos á esos desgraciados; no valen la pena de que se tomen precauciones contra sus tentativas...

— Un buen ejemplar no sería malo, sin embargo. Son muchos...

— Hay que vivir; y la vida es dura.

— Es usted demasiado indulgente con los bribones, gruñó Eliphas.

La señora Mossler sonrió y dijo con acento tranquilo :

— Es que conozco á las personas honradas, que no son, las más veces, sino bribones que han tenido éxito.

Eliphas enrojeció de indignación.

— Según eso, ¿ hubiera usted podido no ser la digna mujer que es?

— ¡Quién sabe, Eliphas!

— Usted se calumnia por espíritu de caridad y eso es ir un poco lejos.

— Querido amigo, dijo la señora Mossler con imperturbable tranquilidad; si mi marido, cuando estábamos en la miseria hace cuarenta años, no hubiera tenido la idea de irse al Cabo para conquistar con mil trabajos la fortuna, sabe Dios lo que yo hubiera sido. Es preciso no tasarse muy alto y no creer que se poseen virtudes especiales. Un ser humano no se debe jactar de honradez más que cuando ha soportado la prueba de los sufrimientos y de las tentaciones... Mossler era un hombre de carácter recto y de rara bondad, pero ¿ cree usted que en África ha vacilado jamás para disparar su carabina cuando se trataba de defender su vida?...

Era preciso combatir para defender el oro y los diamantes contra los piratas del desierto. ¿Quién le dice á usted que en Europa, luchando con la necesidad, no hubiera obrado con la misma violencia? En el Transvaal eso se llamaba ser enérgico; en Francia se llamaría ser criminal. Cuestión de latitud, de medio, de circunstancias. Cuando se ha pasado la existencia de aventuras que yo he conocido, se tiene acopio de indulgencia para toda la vida.

Eliphas inclinó la cabeza; alzó los hombros

como si sintiera el peso de una ruda carga y replicó con obstinación :

— La indulgencia no debe ser ceguera.

Esta vez, cierta emoción turbó la fina y serena fisonomía de la señora Mossler. Su frente enrojeció y sus ojos se desviaron de su confidente, como si adivinara que la observación que acababa de hacer tenía un sentido misterioso. Con aire distraído golpeó con el cortapapel la palma de su mano izquierda y como impulsada repentinamente por una viva inquietud, que ya no disimuló, dijo :

— Qué, ¿ha sabido usted alguna nueva locura de Valentín?

El Ministro de la Caridad se irguió y respondió con voz enteramente irritada :

— ¿Acaso no es suficiente la última? ¡Cuatrocientos mil francos perdidos al juego en veinticuatro horas! ¡Y con tahures de baja estofa, en un garito de tercer orden!...

La señora Mossler desfrunció el ceño; su frente se esclareció y dijo con toda su placidez de costumbre :

— Hubiera sido robado igualmente en un círculo más elevado... Vamos, pues, Eliphas; no hablemos más de esa miseria... Eso está pagado y olvidado. Sabe usted bien que aquí, gracias á Dios, las cuestiones de dinero no tienen importancia. Y después, no hable usted mal de mi hijo adoptivo,

aunque lo merezca. Me causa pena, porque no puedo oír con indiferencia nada de lo que dice un antiguo amigo como usted.

— Tenga usted el valor de confesar la verdad. Siente usted por el conde una debilidad que le ha producido ya muchas tristezas y que causará infinitas penas á otra persona. Pero usted sacrificaría el universo al bello bigote rubio y á los acariciadores ojos negros de ese joven. La condesa es, sin embargo, mejor y más interesante y...

— ¡ No irá usted á decir que la sacrifico! interrumpió la señora Mossler con repentina vivacidad.

— No, ciertamente; pero nunca la amaré usted bastante para pagarla el daño de haberla dado ese marido...

Como si atacándole con aquella insistente aspe-  
reza hubiera Eliphas evocado la persona de quien hablaba, se oyó ruido de pasos y, sin previo anuncio, el conde Valentín de Chef de Coutras abrió la puerta y entró en la habitación de la señora Mossler. Era el conde un buen mozo, de veintiocho años, rubio, tez rosada, mirada dulce, cabellos divididos al lado izquierdo de la cabeza por una fina raya, de mediana estatura, pero admirablemente plantado, y de una armonía de movimientos que le daba superior elegancia. Llevaba un traje de ciclista, de lana blanca; una almilla de seda azul contorneaba su ancho pecho y en la

parte baja del cuello, en un estrecho canesú blanco, ostentaba sus armas bordadas; una mano levantando una espada sobre una cabeza armada de casco, con esta empresa: « Siempre en pie. » Avanzó sonriendo y dijo con aire desenvuelto:

— Querida mamá, perdóname si te molesto, pero no he querido pasar por los Campos Elíseos sin entrar á darte los buenos días.

Y al mismo tiempo besó la mano de la señora Mossler con tan tierna gracia que la hizo conmovirse visiblemente.

Después se volvió hacia Eliphas, al que saludó con deferencia, y añadió:

— Espero que el señor Eliphas tendrá la bondad de dispensarme que haya turbado su conferencia; conozco demasiado su celo para no saber que los desgraciados saldrán perdiendo por el tiempo que os haga emplear en mí.

Todo esto fué dicho con una amabilidad tan bien mezclada de impertinencia; su tono fué á la vez tan burlón y tan cariñoso, que era imposible saber si el conde había querido agradar ó agredir. Pero Eliphas sabía á qué atenerse de antemano y no parecía ser hombre de modificar sus juicios. Hizo una ligera inclinación y se separó tres pasos para dejar el campo libre al hijo adoptivo de la señora Mossler.

— ¿ Á dónde vas tan de mañana? preguntó ésta,

atrayendo á Valentín hacia un taburete que estaba cerca de ella.

— Á la puerta Maillot, de donde salimos una docena de socios del Omnium para ir á almorzar al bosque de Meudon.

— ¿ En vuestras máquinas de dos ruedas?

— Sí, mamá.

— Así pues, ¿ ya no te gusta el caballo?

— ¿ Por qué?

— Nunca montas. No te oigo hablar más que de paseos en bicicleta.

— Es la moda. Pasará, como todo, pero por el momento es el sport en boga. Todos lo hacen; yo también... Es un buen ejercicio.

— Como todos los que se hacen al aire libre... Pero no me hablas de Enriqueta.

— Mi mujer está buena... Por lo menos lo estaba anoche, cuando volvimos de la Ópera, porque no la he visto hoy.

— ¡ Cómo! ¿ Has salido sin ir á abrazarla?

— He respetado su sueño. Eran las nueve y nunca la molesto tan de mañana.

La señora Mossler movió la cabeza

— Creo, dijo, que no la molestas ni temprano ni tarde, y lo siento infinito. Sabes que la quiero tanto como á ti.

— Lo merece muchísimo más, interrumpió el conde riendo.

— Sí, por cierto. Pero, ¿somos siempre amados en la proporción que merecemos?

La anciana permaneció un momento pensativa y después prosiguió, como continuando una idea íntima :

— Quisiera que fuese muy dichosa. Tengo respecto de ella una grave responsabilidad, pues yo soy quien la escogió para dártela. Ella no te conocía y hubiera ciertamente seguido siendo una extraña para ti. Si quieres darme gusto...

— ¿Puedes dudarle? preguntó el joven con apresuramiento.

— Hay momentos en que lo dudo, respondió melancólicamente la señora Mossler. De ti depende que esas malas impresiones se borren y no reaparezcan jamás. Sé bueno con Enriqueta; sé tierno; ámala como tiene derecho á ser amada.

— Pero, si le soy enteramente adicto, madre mía, protestó el joven conde. ¿Se queja, pues, de mí?

— No. Es demasiado digna y demasiado valerosa para quejarse, aun teniendo derecho. Soy yo quien se alarma, sin fundamento, supongo... Sin embargo, no comprendo la vida como tú la llevas ni el matrimonio como tú le practicas... No se os ve jamás juntos á tu mujer y á ti...

— ¡Oh! Anoche mismo... en la Ópera...

— Sí, en los espectáculos, en el mundo, en las

carreras; donde la gente se divierte, se agita y gasta su dinero. Pero en vuestra casa, en vuestro hogar, allí donde se está tranquilo, reposado, serio...

El conde hizo una mueca.

— ¿Te gusta mucho, madre mía, que se sea serio?

— De vez en cuando; una vez, por casualidad, es bastante útil.

— Cuando se es viejo; no en la juventud.

— Hijo mío, las juventudes disipadas preparan tristes vejezes.

Valentín se levantó con el semblante oscurecido y dijo en tono seco, que contrastaba grandemente con la adolorada dulzura de sus anteriores palabras :

— ¡Oh! madre mía; me predicas, cuando vengo á verte dichoso y sonriente. ¿Quieres despedirme descontento y malhumorado?... Verdaderamente tengo mala suerte y veo que alguien te predispone contra mí.

Al decir estas palabras asestó una mirada furiosa al señor Eliphas, el cual no pestañeó y pareció aceptar el cargo que implícitamente se le dirigía. Pero la señora Mossler no era mujer de dejar que se acusase á su amigo sin defenderle y dijo con voz grave :

— No, hijo mío, mi cariño hacia ti es tan

grande, que nadie, sábelo bien, nadie puede hacerte daño en mi ánimo más que tú mismo. Desgraciadamente tú te encargas de eso con mucha frecuencia...

El conde volvió á sentarse al lado de su madre adoptiva y con la mirada acariciadora, el labio sonriente, lisonjero como sabía serlo cuando trataba de disipar un enfado antiguo ó calmar un nuevo descontento, dijo con su entonación más dulce :

— Pues qué, ¿ acaso no trato de complacerte? ¿ No lo eres todo para mí? Desde que perdí mi padre, ¿ no has dirigido mi vida? ¿ No soy tu hechura? Bien sabes cuánto te amo y cuánto te venero; juzga, pues, cuán dolorosas han de parecerme las inculpaciones que me diriges : me caen pesadamente en el corazón y cuando me regañas, como hoy, aunque no lo merezca, me quedo triste y descorazonado hasta que al día siguiente una palabra tuya de ternura me consuela y me reanima. Vamos, no me enseñes tu cara de África... Muéstrame tu fisonomía de París... No es á la señora Mossler terrible y resuelta, reinando sobre salvajes y rodeada de tigres, á la que he venido á ver, sino á la señora Mossler caritativa y benévola, que habita en la avenida de las Campos Elíseos, el hotel más hermoso de París... Vamos, ponme esa cara amable y encantadora... Así, así... ya estoy contento.

En realidad, la anciana sonreía y sus ojos estaban húmedos. El prestigio de la elocuencia cariñosa y de la radiante juventud del conde se apoderó de ella. Le miró con complaciente satisfacción, mientras el joven, sintiéndose de nuevo en favor, se abandonaba al placer de haber triunfado una vez más. Se hizo buen muchacho y, deseando borrar el efecto que hubieran podido producir en el señor Eliphas sus recriminaciones, se volvió hacia el viejo y dijo muy amablemente :

— Hace algunos días que no he visto á su hijo de usted, señor Eliphas. ¿ Cómo está? ¿ Sus asuntos van como siempre viento en popa? Y su joven esposa ¿ siempre encantadora?

Por este lado no obtuvo el resultado que esperaba. El Ministro de la Caridad permaneció glacial y respondió á medias palabras :

— Agradezco á usted infinito, señor conde, el interés que se toma por mi familia. Mi hijo es un muchacho inteligente y trabajador que dirige hábilmente su casa de banca y mi nuera es una honrada mujer que ama á su marido.

— Hace muy bien, respondió Valentín con un gesto de indiferencia; después de todo no tiene cosa mejor que hacer.

La cara de Eliphas se contrajo é inició una expresión como si fuese á entablar una vigorosa réplica; pero sus ojos se dirigieron hacia la señora

Mossler y se contuvo bruscamente, sus labios dejaron escapar un ligero silbido que lo mismo podía significar el colmo de la satisfacción como un supremo desdén y, aproximándose al hueco del balcón, pareció que se absorbía en una apasionada contemplación del pavimento del patio.

— Adiós, querida mamá, dijo el conde. Veo que os molesto... Y además me he retardado y mis compañeros de expedición deben impacientarse esperándome...

— ¿No tenías que decirme nada de particular? preguntó la señora Mossler con mirada interrogadora.

— No, madre mía; sólo he venido á darte un beso.

La anciana le tendió su débil mano que él cogió con gracia respetuosa y la besó. En seguida se aproximó al viejo, que seguía emboscado en el hueco del balcón, y dijo con mucha política:

— Señor Eliphas, hasta que vuelva á tener el gusto de ver á usted.

Abrió la puerta y salió con ligereza.

En cuanto hubo desaparecido, la señora Mossler dijo á su confidente:

— Después de todo, es bueno; ¿vé usted? No ha pedido nada...

— Esa prudencia me asombra y la creo prepa-

ratoria de algún rudo asalto que se verificará muy pronto.

— No nos inquietemos por lo que ha de suceder y regocijémonos por lo que no ha sucedido.

— Como usted guste, señora. Ya sabe usted que estaré siempre aquí para escuchar sus penas y para ayudarla á salir de sus dificultades.

La señora Mossler no respondió é inclinó la cabeza en señal de asentimiento, con la seguridad de una persona que puede contar con una adhesión inalterable.

— Ha dicho usted que recibiría á ese meridional; debe estar ahí. ¿Quiere usted que le haga entrar?

— Sí; tengo tiempo antes de almorzar.

El señor Eliphas salió y al cabo de un instante volvió á entrar precediendo á un hombrecillo algo panzudo, vestido con ropas grasientas, cara pálida, cabellos tiesos sobre la cabeza y aire de importancia y de satisfacción. No esperó que se le dirigiese la palabra y preguntó, con un marcado acento del mediodía:

— ¿Es á la señora Mossler á quien tengo la satisfacción de hablar?

— Sí, señor; si eso es una satisfacción...

— ¡Inmensa! exclamó Bouscarés. Hace una semana que acecho una ocasión de entrar... Que pueda aproximarme á esa persona eminente, pen-



saba, y mi fortuna está hecha. Ella me comprenderá.

— Explíquese usted. ¿De qué se trata? preguntó la señora Mossler.

— De un descubrimiento destinado á revolucionar el alumbrado del mundo... He encontrado el medio de distribuir la electricidad sin canalizaciones, sin gastos de construcciones, por un procedimiento de una sencillez infantil... Es inaudito que no se haya pensado antes en él, pero todos los descubrimientos geniales son debidos á la casualidad.

El señor Eliphas, á quien la charla del provincial impacientaba visiblemente, interrumpió el discurso:

— Sea usted serio; demasiado sabe que no existe tal descubrimiento... Usted ha sido perseguido ya por usurpación de privilegios de invención...

— ¿Qué oigo? exclamó Bouscarés con un gesto de horror. ¿Quién? ¿Yo? ¿Con lo que yo tengo en el cerebro, usurpar alguna cosa?... ¡Pero es para volverse loco! ¡Es decir que la incredulidad ha de echar siempre por tierra mis proyectos más sublimes!... Por fortuna la señora Mossler es una mujer de genio superior... Ella me comprenderá... ¿Qué son cien mil francos para ella? ¡Cien mil francos! Sí, con ese miserable capital me encargo de revolver el mundo de la ciencia...

La señora Mossler dijo:

— Si quiere usted interesarme, hableme de su mujer y de sus hijos...

El meridional cambió en un instante de actitud y de fisonomía y expresó entonces el más profundo abatimiento.

— ¡Ah, señora! Ese es el tormento de mi vida. Ver sufrir á los que se ama es un suplicio imposible de soportar cuando se tiene corazón... Sí, esa pobre criatura que ha participado de mis luchas, de mis esperanzas, de mis decepciones, ve disminuir sus fuerzas de día en día, abatida por la pena é incapaz de amamantar á nuestro hijo más pequeño... La perderé, señora; tendré el dolor de vérmela arrebatada por un destino implacable... Y entonces, ¿qué va á ser de mí en este mundo, cuando mi ángel guardián haya vuelto al cielo?

Bouscarés se dejó caer en una silla, aunque no había sido invitado á sentarse; escondió la cara entre las manos y rompió en sollozos. La señora Mossler, queriendo calmar aquella terrible pena, dijo:

— ¿Y si yo hiciera estudiar ese negocio?

— ¡Oh! mi generosa bienhechora... Veinte mil francos solamente para empezar y estoy seguro del éxito...

El señor Eliphas calmó aquella efervescencia con un ademán y dijo, dirigiéndose á la señora Mossler:

— Toda la combinación de este individuo descansa sobre ese primer adelanto que pide... Para usted, son veinte mil francos; para otro, menos rico, serían doscientos pesos... Si se deja usted coger, una vez entregados los veinte mil francos, no tendrá que hacer más que dejarla correr tras de su dinero, es decir, entretener el descubrimiento, cuyo éxito aparecerá siempre próximo, pero jamás realizado... ¡Es increíble, cómo este sistema, tan vulgar, da todavía resultado!

— Pero, señor mío, exclamó Bouscarés con dignidad; ¿usted me toma por un estafador?

— Poco menos, amigo, respondió tranquilamente el señor Eliphas.

El buen hombre se desinfló, como un globo roto, y su frente se inclinó con pesadez y desolación.

— ¡No! exclamó; no lograré sobreponerme á la malevolencia... Dejaré en el asunto mi vida... ¡Hace veinte años que lucho!... Tantos esfuerzos, tantas tentativas, tanto dinero arriesgado... todo perdido, inútil... He practicado todos los oficios... Sí, señora; he sido profesor de matemáticas en un instituto de provincia, ingeniero en España, actor cómico en Londres, periodista en París, banquero en Nueva York. He mandado un buque corsario durante la Guerra de Chile... He pegado carteles, distribuído prospectos y pertenecido á la policía... Jamás he conseguido salir adelante... Nadie cree

en mi descubrimiento... y, sin embargo, existe... Y esta noche volveré una vez más á mi casa, á mi pobre albergue, donde encontraré á mi mujer y á mis hijos llorando de miseria, sin poder hacer nada para consolarles... ¡Ah! ¡Prefiero arrojarme desde lo alto de un puente á continuar esta espantosa existencia! Todo me falla, todo me anonada... ¡Sí, soy un bribón, como dice el señor; lo sé bien... Pero ¿hay suerte más horrible que la mía? ¡tener el buen deseo de transformarse en un hombre apreciable, de ganar decentemente el pan, y no poder!... ¡No, no poder!

— Amigo mío, dijo la señora Mossler, no hay que desesperarse. Desde hoy su mujer de usted cobrará doscientos francos al mes... No es eso el bienestar, pero sí una garantía contra el hambre...

— ¡Oh! mi bienhechora! gritó Bouscarés arrojándose á los pies de la señora Mossler. ¿Cómo pagar jamás?... ¡Mi vida! Sí, ¿quiere usted mi vida?

— Empléela en trabajar valerosamente y usted se levantará...

— ¡Ah! ¡Si usted quisiera tener confianza en mi descubrimiento!

— ¡Incorregible! exclamó el señor Eliphas. Ahí le tiene usted; aun en medio de la alegría que siente, vuelve á su farsa por la fuerza de la costumbre. Vamos, Bourcarés, basta ya.